

Volver a mirar donde crecieron

Una reflexión personal sobre San Sebastián 301 y el valor de hacer ciudad desde adentro

En una ciudad como León, marcada por un crecimiento desmedido hacia la periferia y una paulatina desactivación de sus barrios centrales, San Sebastián 301 aparece como una excepción lúcida. Ubicado en la colonia Martinica, una zona tradicional cuyo tejido urbano ha comenzado a envejecer, este proyecto ofrece una alternativa concreta y sensata a la expansión horizontal: densificar con dignidad, calidad espacial y sentido urbano.

Proyectado por Montserrat Oropeza en colaboración con Clara de Buen, del despacho Nuño, McGregor y de Buen, el edificio representa uno de los primeros ejercicios en la ciudad que se atreven a habitar una tipología de vivienda colectiva con este nivel de resolución arquitectónica. El proyecto se gestó originalmente con el arquitecto Aurelio Nuño, cuya memoria sigue presente en el espíritu del diseño, y se encuentra ya en una fase muy avanzada de construcción.

Conozco a Montse Oropeza desde hace muchos años. Siempre he admirado en ella no solo su sensibilidad como arquitecta, sino también su tenacidad. Tiene una claridad muy poco común en su forma de enfrentar los proyectos: una mezcla de rigor, calma y compromiso profundo con el entorno. Ver sus proyectos es una forma de acercarse a la música que la acompaña todo el tiempo. San Sebastián 301 es, sin duda, una muestra palpable de esa forma de trabajar.

Ubicado en la colonia Martinica, una de esas colonias entrañables de León que aún conservan trazas del ritmo de vida que alguna vez tuvo, este edificio no solo ofrece viviendas, propone una postura. Propone una idea de ciudad que yo comparto profundamente: es mucho mejor regenerar que expandirse sin sentido.

Durante años hemos visto cómo León ha crecido hacia fuera, hacia las periferias, en una mancha urbana que cada vez se vuelve más lejana, más costosa, más difícil de habitar. Mientras tanto, barrios como Martinica, Andrade, Arbide o León Moderno, que lo tienen todo: ubicación, infraestructura, identidad, han sido relegados por la lógica del abandono silencioso.

San Sebastián 301 rompe con esa lógica. Se planta sobre una calle cualquiera, sin aspavientos, con una arquitectura honesta que respeta el contexto pero que no pide permiso para ser contemporánea. La estructura de concreto aparente y las celosías de tabique le dan un carácter claro, directo, sin maquillaje. Hay luz, hay aire, hay materialidad. Hay diseño.

No es menor decir que la fachada principal del edificio está orientada al norte, una condición ideal para estudios de artistas, oficinas, espacios creativos o departamentos pensados para quienes buscan tranquilidad, estabilidad térmica y luz constante sin el rigor del sol directo. A eso se suma una ventilación cruzada envidiable en todos los departamentos, gracias a la apertura lateral con

celosías de ladrillo aparente que tamizan el aire y la luz con elegancia. Es un edificio pensado con inteligencia ambiental desde su traza.

Y hay también color. El uso del verde, un verde clásico, profundo, como de carpintería de antaño, no es anecdótico: articula circulaciones, puertas, cancelerías y detalles con una intención casi nostálgica, pero sin volverse decorativo. Se siente firme, sobrio, casi institucional. A su vez, el empleo del vitrobloc en puntos estratégicos del edificio funciona como una respuesta clásica a problemas contemporáneos: iluminación, privacidad y eficiencia energética resueltos con un material olvidado, que aquí se reintegra con discreción y elegancia. Son decisiones que podrían pasar desapercibidas, pero que delatan oficio y conciencia.

Es también un recordatorio de que no todo lo nuevo implica gentrificación. Y aquí quiero detenerme. Porque muchos piensan que cualquier intervención en estas colonias podría traer consigo desplazamiento o elitismo, como ha pasado en otras ciudades. Yo, honestamente, creo que eso en León es casi imposible. Hay algo profundamente arraigado en la identidad leonesa, quizá es esa mezcla de orgullo y desconfianza, que hace que estos barrios se resistan a dejar de ser lo que son. Y está bien. Lo importante es volver a verlos, volver a habitarlos, volver a valorarlos.

Me encantaría que los leoneses voltearan a ver de nuevo las colonias donde crecieron. Que no las recuerden solo como un pasado bonito, sino como un presente posible. Que quienes están invirtiendo en la ciudad, hoy hay una gran ola de inversión inmobiliaria en León, lo hagan inteligentemente. No en más fraccionamientos desconectados a 40 minutos o mas del centro, sino en estos barrios con historia, con alma, con estructura. Colonias como la Andrade, la Arbide, León Moderno, Martinica.

San Sebastián 301 no es solo un buen edificio. Es un gesto. Es una apuesta por otra forma de crecer, desde adentro y con respeto. Y eso, en estos tiempos, vale muchísimo. Este es un ejemplo de cómo hacer las cosas bien en León, de cómo insertar arquitectura contemporánea de calidad en un tejido urbano existente, y de cómo son estas pequeñas expresiones las que la gente tiene que voltear a ver. Hay que aprender de ellas.

Enhorabuena, Montse y Clara. Este proyecto es un ejemplo magistral de cómo insertar arquitectura contemporánea y de calidad en un León que ya existe, que aún late, y que merece ser habitado con inteligencia y sensibilidad. Pequeñas grandes obras como esta nos recuerdan que hacer ciudad no siempre es construir más, sino construir mejor.